

## Rectores Magníficos

Desde su remoto origen las universidades han debido preocuparse por su imagen. Ella refleja su prestigio. Y las universidades compiten, esencialmente, por estepreciado y huidizo bien. El prestigio institucional, enseñan la teoría, sigue a los profesores (¡ay!, vanidad de vanidades). Y, a éstos, los alumnos, el dinero y el patronazgo. ¿Qué hizo de Bolonia la más prestigiosa universidad en el campo del derecho durante el siglo XII? Ante todo, la fama de sus maestros que atraía a estudiantes del vasto espacio europeo. También el estar ubicada en un nudo de rutas comerciales donde paraban, además, los peregrinos que descendían del norte hacia Roma. Pero entonces, ¿qué explica la atracción de la Universidad de Oxford, situada en un pequeño pueblo campestre, lejos del ruido de Londres? Básicamente que al final del mismo siglo, la ciudad se convirtió en un centro administrativo para el reino y se establecieron allí las cortes eclesiásticas. Esto atrajo a un grupo de abogados eruditos y teólogos de fuste, que pronto empezaron a enseñar. Aunque menos prestigiosa al comienzo que las universidades de Bolonia y París, también la de Oxford pudo captar estudiantes a la distancia y pronto alimentó a la corte y la curia con sus graduados. Además, estas tres universidades—las primeras de una especie que hoy habita todos los rincones del mundo—buscaron, y obtuvieron, el reconocimiento social que suele acompañar a los privilegios otorgados por el poder. Eran, se decía, la luz del conocimiento que ilumina. No todos concurrían. Por ejemplo, el teólogo y poeta Philippus de Grevia, Canciller de la Universidad de París entre 1218 y 1236, se quejaba ante sus profesores diciéndolos: “ahora que ustedes se han unido en una universidad, las *lectio* y *disputatio* se han vuelto menos frecuentes y se hacen a la rápida. Poco se aprende. Mientras los adultos debaten en sus asambleas y discuten entre sí, los jóvenes conspiran y planean sus aventuras nocturnas”. El comportamiento de los estudiantes era motivo permanente de preocupación entre las autoridades universitarias. Su afición a la cerveza y la vida disoluta, y sus frecuentes choques con la policía, arriesgaban la reputación de la universidad, indisponiéndola con los burgueses amantes de la ley y el orden. Más adelante dichas autoridades tendrían que ocuparse también de las prácticas corruptas entre los profesores, inclinados a ganar dinero fácil con la venta de exámenes y

los tributos impuestos al acto de graduación. ¿Y qué decir de los rectores? Ya fueran elegidos por los alumnos (Bolonia) o por los maestros (París), de ellos se esperaba que tuviesen una conducta irreprochable, como correspondía a quienes eran investidos en su alto oficio por el Obispo o los nobles y comerciantes de la ciudad, representaban a la corporación, se hallaban premunidos de potestades judiciales al interior de su comunidad y recibían no sólo un digno estipendio sino, además, el título de *dignissimus* y, a partir del siglo XV, también el de *magnificus*. En suma, para incrementar su prestigio, una universidad necesitaba entonces, como hoy, estar situada en un lugar dinámico, contar con profesores de alta potencia, atraer alumnos meritorios, ofrecer un clima de viveza intelectual junto con un mínimo de estabilidad y obtener reconocimiento social, el favor de las autoridades y generosas donaciones. Igual que ahora, se esperaba también entonces que sus rectores proyectasen las virtudes deseadas por la imagen de la corporación. ¡Cuánto más difícil en tiempos mediáticos!

José Joaquín Brunner